

## **José María Vergara y la Academia Colombiana de la Lengua**

**Por José Manuel Marroquín**

Si, como me ha tocado consagrar un recuerdo a José María Vergara y Vergara a nombre y en presencia de una corporación de la naturaleza de ésta, me hubiera tocado expresar los sentimientos que su memoria excita en los que fuimos amigos suyos; si hubiera de hablar de Vergara acordándome sólo de que era amigo de los que aquí me están oyendo y, sobre todo, de que lo era mío, mi tarea sería más fácil que la que vengo a desempeñar; si bien el expresar con palabras lo que el corazón no quisiera explicar sino con lágrimas, no es de lo menos difícil entre cuanto puede ser asunto de discursos y de escritos.

No es de la ocasión presente el llorar al amigo en compañía de otros amigos, sino encomiar las dotes literarias del colega en presencia de otros colegas. Discurriendo sobre las de Vergara, examinando sus escritos y haciendo de ellos un juicio crítico, cumpliría con la obligación que he tomado sobre mí; mas, ya por lo íntimo y afectuoso de las relaciones que me unieron a nuestro malogrado compañero, ya porque a él no se le puede mirar como escritor sin contemplarle al mismo tiempo por otros aspectos, no me es dable, ni lo será para ninguno de cuantos fueron amigos suyos, hablar sobre sus dotes y sobre sus escritos con la indiferencia propia de quien analiza y juzga producciones literarias sin acordarse de la persona del autor a quien se deben.

---

NOTA. — En marzo de este año se cumplieron cien años desde la muerte de José María Vergara y Vergara y también por estos meses se está conmemorando la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua. En memoria del ilustre escritor de fina vena costumbrista y a la vez paciente y erudito historiador de la literatura colombiana del siglo anterior, y como homenaje a la Academia, benemérita institución letrada que fundaran, entre otros, hace un siglo Don José María Vergara y Vergara, Don José Joaquín Ortiz y Don José Manuel Marroquín, reproducimos aquí el discurso necrológico del último de los citados acerca del Señor Vergara y Vergara.

En efecto, las de Vergara son para los que le conocieron, no pruebas de ingenio, no muestras más o menos estimables de los diferentes géneros en que se ejerció su pluma, sino expresiones y desahogos de los sentimientos generosos que formaban lo esencial de su carácter. Para los amigos de Vergara, hasta los defectos que una crítica severa puede hallar en sus escritos, son siempre resultado de algo de lo que tanto apreciamos y amamos en él.

La crítica es una disección anatómica en que se examina la cabeza dejando a un lado el corazón. Lo que escribió Vergara no puede ser asunto de esa crítica, porque en ello tuvo más parte el corazón que la cabeza: de ahí su falta de pretensiones y de tono pedantesco, su ingenuidad candorosa y su singular espontaneidad.

A propósito de esto, llamaré la atención sobre el hecho notabilísimo de que, habiendo sido Vergara hombre más docto que los más de los literatos colombianos contemporáneos suyos, conocedor y admirador de los clásicos latinos, aficionado por extremo a la literatura española de los buenos tiempos, enemigo implacable de los malos traductores y adversario nato de los despreciadores de las letras españolas, se formó sin advertirlo un estilo que, sin dejar de ser propio, se asemeja más al de los escritores franceses modernos que al de los españoles modernos y antiguos. El hubiera querido escribir como Granada o como Solís, y bien lo dio a conocer en varios pasajes de sus obras; pero no escribía sino a la manera de ciertos autores de hoy, con cuyos talentos tenían más afinidad los que a él le distinguían. En él no había nada de afectado, nada de estudiado. Escribía porque sentía necesidad de comunicar sus impresiones, de hacer amar lo que él amaba, de hacer admirar lo que admiraba él, de hacer aborrecer lo que moral o literariamente le parecía malo, que era lo único que él podía aborrecer. Dominado y arrastrado por el entusiasmo y por nobles afectos, no era dueño de dar a la expresión de sus ideas la forma que hubiera querido escoger.

La vehemencia en su modo de sentir y la viveza de su fantasía le hacían emplear expresiones paradójicas y atrevidas imágenes e hiperboles, sin que le contuviese el miedo que a todos suele contenernos de no ser comprendidos y de vernos censurados. Imaginaba, al hablar y al escribir, que todos habían de ver las cosas como él las veía, y de sentir de la misma suerte que él. Si esta propensión le hizo en algunas ocasiones ser oscuro y trivial, no sabré yo decirlo; pero sé que quienquiera que dé muestras de ella en sus escritos, da la más manifiesta de que trabaja exento de vanidad y obedeciendo sencillamente al instinto natural que nos impulsa a comunicar los pensamientos y a hacer participar a otros de las impresiones que experimentamos.

La espontaneidad es, pues, la dote prominente en Vergara. Ocioso es advertir que hubo de estar acompañada de otras muy relevantes, sin las cuales ningún escritor puede ganar fama. Grandes debió de poseerlas, una vez que el público, juez competente cuando se trata de graduar el mérito de los autores para condenar al olvido las obras de unos y recomendar a la posteridad las de otros, ha dictado en favor de las de Vergara el más expresivo fallo: la simpatía del público por Vergara no se ha extinguido con la muerte de éste: de ello ha dado testi-

monio a sus desvalidos huérfanos, y Vergara no pudo inspirar tan verdadera y tan universal simpatía sino por medio de sus escritos.

Yo juzgo que la espontaneidad, esta prenda de Vergara, principal asunto de mi razonamiento, es sobre todas recomendable en cualquier escritor. La claridad y perspicacia de ingenio, la sólida y vasta doctrina, el conocimiento del corazón y de todas las cosas humanas, son en aquél a quien falta espontaneidad, como excelentes instrumentos puestos en manos que no los han menester ni saben manejarlos.

Según el orden establecido por la Providencia, los hombres y las cosas hacen bien lo que hacen cuando lo hacen obedeciendo a su destino; y, en los autores, escribir lo que su propia naturaleza les dicta, es cumplir con el suyo.

La espontaneidad puede fingirse, merced al talento y al estudio; pero la espontaneidad artificial no produce obras útiles: sírvele al que escribe por especulación o por vanidad; no al que con la pluma ejerce la noble misión de difundir las ideas y excitar los sentimientos que, según su conciencia, deban dominar en la sociedad para bien de ella.

No hay espontaneidad en quien, por no desaprovechar un asunto que le ocurre, una frase ingeniosa, un pensamiento original que se le viene a las mientes, enaltece hoy lo que vituperó ayer o condena lo que ayer puso por las nubes. Lamartine y Víctor Hugo embelesan a sus lectores; pero en un libro que contuviese todos los escritos de cualquiera de ellos, se echaría menos esa espontaneidad inseparable de la sinceridad que no puede dejar de hallarse en quien se propone ilustrar la conciencia humana, y lo hace conforme a principios de cuya bondad está convencido y por los cuales él mismo cree deberse regir. Mal puede ilustrar la conciencia de todos, mal puede ser órgano de la Verdad (que siempre es una) quien, como esos dos poetas, desacredita o niega en un escrito lo que en otro ha pintado con hermosos colores. Sus obras, si se hablara con rigurosa propiedad, deberían calificarse siempre de admirables, nunca de buenas.

Para juzgar a los escritores, hay que penetrarse de que su misión no es proporcionar pasatiempos sino contribuir, según las fuerzas y las disposiciones naturales de cada uno, a la consecución de un fin moral; sostener otra cosa es hacer bajar las nobles tareas literarias hasta el nivel de los oficios más viles: del volatín y del jugador de manos.

Infiérese de lo asentado que la espontaneidad, fuera de la influencia que ejerce para hacer hermosos los productos del ingenio, la ejerce decisiva sobre la eficacia de éstos para contribuir a fines morales, y que la misma dote hace útiles para el género humano los escritos de los hombres buenos, así como puede hacer nocivos los de los perversos.

Por el punto de vista que acabo de indicar es por donde, para que fuese más honrada la memoria de nuestro difunto colega, quisiera yo que todos mirasen sus producciones. Benévolo, sensible, compasivo, generoso, apasionado por todo lo bueno, lo delicado y lo bello, dejó en cuanto escribió un reflejo de tan nobles partes. Y si de la bondad de su corazón estuviera yo hablando, más bien que de sus dotes literarias, dejaría hablar por mí la gratitud de los que fueron objeto de su caridad; le pintaría muriendo rodeado del aparato desconsolador de la po-

breza en días que había llenado con obras de beneficencia; recordaría que, cuando, en época aciaga para la patria, divididos y enconados los ánimos, empuñó Vergara, para defender una causa política, la única arma que sabía y debía manejar, la pluma, no pudo resistir a los naturales ímpetus de su corazón, y cerró con lo que le parecía inicuo, dondequiera que se hallase, ora tuviese que condenar la conducta de sus amigos, ora la de sus adversarios. Hízolo así aunque no ignoraba que por ello le habían de perseguir el odio y la calumnia, como en efecto le persiguieron. El llegó a no tener por dondequiera sino enemigos, porque en épocas turbulentas, cada partido arroja de su seno al que no acepta sus medios sin distinción, y no hace ninguna entre la imparcialidad y la enemistad declarada.

Hoy, cuando serenada ya la borrasca, se puede juzgar con calma a los hombres que, trece años ha eran objeto de ciega veneración o de odios que parecían inextinguibles, ¿quién no hace justicia a la rectitud de intenciones de Vergara? ¿Quién no atribuye los que entonces se reputaron en él desaciertos, a su amor a la justicia y a los humanitarios sentimientos que no le permitían enmudecer a vista de la violencia y de la persecución, siquiera fuesen empleadas por rigurosa necesidad en provecho de la causa que él mismo defendía? Sí, ni el más apasionado amigo de Vergara pretende colocarle en la categoría de hábil político, pero tampoco se hallará entre sus detractores de otro tiempo quien no le coloque en la de los hombres bien intencionados.

Y si Vergara fue hombre bueno, y si nunca escribió sino de la abundancia de su corazón, sus obras han debido ser benéficas para la sociedad. Aquí cabe el afirmar que no siempre que se hace el bien escribiendo se hace a sabiendas: la bondad es fecunda y no debe su acción a nuestra voluntad. Quien lleva en sí el germen de la virtud, hará siempre el bien, sea que obre, sea que hable, sea que escriba, y lo hará aun en ocasiones en que no aspire a fin determinado.

Puede no faltar quien opine que a Vergara son menos aplicables que a otros muchos estas observaciones, porque él escribió muy a menudo con pluma festiva y ligera y porque muchas de sus producciones, juzgadas superficialmente, parecen frívolas.

Yo soy de sentir que la importancia de los trabajos literarios y el beneficio que con ellos puede hacerse no estriba en lo interesante y grave de los asuntos ni en la manera de tratarlos. No sólo son sanos y provechosos los tratados serios, obra de dilatado estudio y de profunda observación; las disposiciones religiosas y filosóficas, los trabajos críticos, y los históricos y los políticos. Las obras de estos linajes son como santuarios a que no entran sino los iniciados en los ministerios de la ciencia y del arte; y si sirven para conservar la verdad y para que en ellas queden consignados los adelantos que van haciendo los que la investigan, no son las más propias para propagarla, ni para hacerla penetrar por todos los poros de la sociedad, ni para hacer disfrutar al vulgo de la belleza artística. Las obras de autores graves y eruditos son fuentes de donde otros sacan la doctrina de que se sirven para poner verdades y bellezas al alcance de todos; y éstos desempeñan una tarea no menos digna y gloriosa que la de aquéllos.

La educación es el cúmulo de modificaciones que va padeciendo nuestro ser desde que nacemos hasta que morimos; y resulta del conjunto bien o mal combinado de ideas y de impresiones que recibimos en el curso de la vida; estas ideas y estas impresiones nos vienen de todo lo que vemos, de todo lo que oímos y de todo lo que leemos. Cada hombre está, sin saberlo, tomando en eso educación de todos los demás, porque está haciendo circular ideas y sentir impresiones; pero nadie desempeña en esto papel tan importante como el que desempeña quien escribe, porque la palabra escrita se oye a toda distancia y se fija para siempre en esos mármoles de nuestros tiempos que se llaman papel de imprenta. Pero, entre cuantos escriben, los que más influyen sobre la suerte de los hombres, son los que, dando a luz producciones breves y amenas, ligeras y atractivas, se hacen leer de los ignorantes y superficiales como de los doctos y reflexivos, de las mujeres como de los hombres, de los adolescentes como de los hombres maduros. El vulgo (que es casi la totalidad de los hombres) no lee sino lo que le entretiene, y huye de toda lectura que exija esfuerzos mentales y atención detenida.

De aquí la inconmensurable influencia que han ejercido las novelas sobre la sociedad del siglo XIX; de aquí el poder incontrastable del periodismo en el orden social y político de las naciones modernas; de aquí el haber tenido que reconocer los más sesudos y doctos defensores de verdades elevadísimas, que a la novela y al folletín, no pueden oponerse armas mejores que el folletín y la novela.

Siendo ello así, ¿quién tendría razón para mirar con desdén al escritor que, como Vergara, rindiendo culto apasionado a todo lo noble, lo bueno y lo bello, lo predica y lo vulgariza, acomodándolo al paladar de todos los lectores posibles?

Y si esto podría aplicarse a Vergara, aunque no hubiera escrito sino sus festivos y donosos artículos de costumbres y juguetes literarios, en que, a primera vista, no se halla otra cosa que chiste y travieso desenfado, ¡cuánto más aplicable no lo será si se traen a la memoria producciones suyas, tales como su **Historia de la Literatura en Nueva Granada**, la serie de sus trabajos biográficos y de controversia literaria y religiosa! Nadie sería osado a tachar de frívolos los asuntos de estos escritos, y menos a condenar el que, al tratarlos, los hubiera embellecido con las galas de que su rica fantasía y su genial amenidad le hacían mostrarse pródigo, cualquiera que fuese el género en que se ejercitara su gallarda pluma.

Amaba Vergara la religión, la patria, la familia, la literatura y las antigüedades. No hablo con distinción del afecto a sus amigos, porque, al modo que en la tienda hospitalaria del patriarca bíblico, no había aposentos separados para los huéspedes, en el corazón de Vergara nos hallábamos ocupando un mismo sitio sus padres, y su esposa, y sus hijos, y sus amigos; siendo de notarse que de éstos se hacía amar como amaba él: él ocupaba en nuestros corazones un lugar como el que nosotros ocupábamos en el suyo.

Amando Vergara a un mismo tiempo la patria y las antigüedades, naturalmente vio vinculadas en éstas las glorias de aquélla, y a eso debe nuestra tierra dos monumentos que él levantó para contribuir

a perpetuarlas: su **Historia de la Literatura** y su **Biblioteca Colombiana**. A formar esta última dedicó gran parte de las horas de desahogo que pudo disfrutar en su agitada vida; y, una vez formada, ella le ofreció materia para su precioso libro. En la Biblioteca recogió gran copia de obras nacionales, antiguas y modernas, conocidas y desconocidas; las estudió y formó juicio sobre el mérito y las prendas de cada autor: el resultado de estas labores fue su historia. No sería justo pasar en silencio que a las bibliotecas formadas por dos amigos suyos, Don José María Quijano Otero y Don Ezequiel Uricoechea, del mismo modo que él había reunido la suya y con los propios fines a que él había aspirado, debió el poder hacer su trabajo tan completo como lo hizo.

Compuso también Vergara un compendio de historia patria, proponiéndose que ese trabajo fuese como embrión de otro más extenso en que hubiera puesto mano si su rigurosa suerte se lo hubiere permitido.

Encargado por algún tiempo del Archivo Nacional, se dio a descubrir y ordenar preciosos y desconocidos documentos de que esperaba se sacase partido para ilustrar muchos puntos importantes y oscuros de nuestra historia.

Formó asimismo, y empezó a llevar a cabo, asociado con sus amigos Don José Caycedo Rojas y Don Ezequiel Uricoechea, un diccionario biográfico nacional.

Acometido de mortal dolencia en el vigor de la edad, viudo ya y abrumado de pesares y amargo duelo, postradas sus fuerzas y abatido su espíritu, se fue al antiguo mundo a buscar en él alivio corporal, consuelo para sus quebrantos, pan para sus hijos y momentos de tranquilidad que no le era dado hallar en este suelo que le fue tan querido. Allá logró encontrar, si bien transitoriamente, alguno de los bienes que buscaba. Su corazón, que le parecía muerto ya para todo lo que no fuera el dolor, latió rejuvenecido, y su imaginación recobró la perdida frescura y lozanía delante del océano, de los monumentos de la antigüedad y de las maravillas del arte, objetos cuya sola idea, desde la primera juventud, habían arrebatado su alma de poeta. Serenado algún tanto su ánimo, recuperadas las fuerzas, renovado el brío de mejores tiempos, se dirigió ansioso a buscar a los hombres ilustres a quienes amaba y admiraba por sus escritos, y tuvo la fortuna de poder tratar amigablemente con Manzoni, con Augusto Nicolás, con Henry Conscience y con otros escritores extranjeros; pero no podía gustar de reposo mientras no conociera la literatura española, encarnada en sus representantes contemporáneos: voló a la Península apenas le fue dado pasar los Pirineos, y en Madrid, sin presentaciones ni recomendaciones, se hizo recibir como antiguo amigo por Hartzenbusch, por Bretón, por Ochoa, por Campoamor y por muchos otros literatos eminentes (varios de los cuales han hecho, ya inmediatamente después de su venida, ya después que en Madrid se hubo recibido noticia de su fallecimiento, expresivas manifestaciones del afecto que les inspiró y del alto concepto que formaron de su capacidad y de sus luces.

Siendo él hombre de iniciativa, como se dice ahora, hallándose dotado de una actividad que nunca cedió ni a los reveses, ni a los obstáculos, ni a la postración física, acogía con entusiasmo toda em-

presa de que, en su concepto, pudiera resultar un aumento, una mejora, ya para el país, ya para las letras, ya para su ciudad natal, ya para un campo, ya para un edificio. Quien, no conociéndole, le hubiera visto entregado a la tarea de beneficiar terrenos eriales, a la de levantar o reparar un edificio, a la de plantar y cultivar un jardín, no habría podido adivinar que tenía delante al mismo hombre que vivía arbitrando medios para compilar y dar a luz las producciones de nuestros ingenios, o arreglando mentalmente planes de composiciones literarias, o de obras de enseñanza elemental, o de reformas en la legislación o de trabajos históricos.

Dominando en él esta fervorosa actividad, siendo tan vivo como se han visto su amor a las letras y su celo por los adelantamientos de su país, no es de extrañarse la decisión con que empezó a trabajar por el establecimiento de la Academia Colombiana apenas se le habló en Madrid sobre el proyecto que de promover su fundación se había concebido. Puede decirse que esta institución quedó creada antes de que él saliera de Madrid; y, si fuera poco exacto el afirmar que ella le debe su existencia, es justo reconocer que a él se debió el que pudiera establecerse dentro de un breve término y sin que se tropezara con los obstáculos que habrían entorpecido la ejecución de la empresa sin su oportuna y eficaz intervención.

Algo he dicho para mostrar cómo Vergara, amando las glorias y los adelantamientos de su patria, las antigüedades y la literatura, dio desahogo a estos afectos, así obrando como escribiendo; **callo lo mucho** que pudiera añadir para (sin extenderme en demasía) discurrir sobre sus benévolos sentimientos hacia la humanidad en general; y me duele de que en un trabajo como el presente no me sea lícito mencionar hechos ni narrar sucesos. Debo limitarme, según el plan a que me he sujetado, a hablar sobre las manifestaciones que, como escritor, hizo Vergara de dicho sentimiento. No obstante, para no dejar olvidado un hecho que prueba juntamente su afición a la literatura, su patriótico celo y su genial benevolencia, recordaré de paso que toda su vida, y señaladamente en los años en que, junto con algunos amigos, estuvo redactando su periódico predilecto, **El Mosaico**, no omitió medio para estimular y para abrir ancho campo a los nuevos ingenios que se iban presentando en la palestra literaria.

Cierto día cae en manos de Vergara un abultado e informe manuscrito que lleva trazas de ser primer ensayo de un escritor bisoño; le hojea y no tarda en descubrir en él una joya literaria de subido precio; busca el autor y se le muestra como tal un humilde campesino. No mucho después Vergara entrega al público, impresa ya, la obra cuyo original contenía el manuscrito, y a la estimación general el nombre del autor: la obra se llamaba: **La Manuela**, el autor, Don Eugenio Díaz. Esta obra, la más **nuéstra** de todas nuestras obras, que sobrevivirá acaso a todas las de su género; modelo admirable que debería imitar todo el que quiera retratar la naturaleza observando la naturaleza misma, habría perecido desconocida si Vergara no hubiese hecho por sacarla de la oscuridad, lo que sólo era dado a su entusiasmo y a su **perseverancia**.

Veía Vergara que, así entre los contemporáneos como entre las generaciones pasadas, había nombres de compatriotas nuestros, olvidados o nunca bastante conocidos, que tenían derecho a ser pronunciados con veneración o con reconocimiento, y él a fin de darles el lustre que a su parecer les correspondía, escribió noticias biográficas y breves elogios de hombres que, sin haber hecho ruido en el mundo, eran dignos de figurar en él como modelos, ya de cristiana piedad, ya de perseverancia en el estudio o en el trabajo, ya de otras virtudes y prendas de aquéllas que menos brillan y que más escasean. Entre las que hizo, descuella la biografía del cura Montenegro, cuadro encantador, que deja en el ánimo las más suaves impresiones y que no inspira menos simpatía por el que lo delineó que por el original que representa.

Su odio a los políticos le inspiró su opúsculo titulado **Los Buitres**, en el que, pintando con lindos colores una escena de su infancia, se propone persuadir al lector de que cada hombre, por más que en el teatro de la política parezca aborrecible, es amable para quien, teniendo sentimientos humanos, le contemple en lo interior de su hogar, mostrándose tal cual es en los momentos de franca expansión, en que en él no se descubre sino al padre, al esposo o al hijo.

No menos aversión que los odios políticos le inspiraban las mezquinas intrigas que entran en juego, las pasioncillas que hierven, las ridiculeces que se observan cuando, en poblaciones más o menos reducidas y so color de defender opiniones políticas, ciertas parcialidades contienden sobre ruines intereses. Para exponer a la luz esas cosas en toda su deformidad, escribió Vergara su libro **Olivos y aceitunos todos son unos**. Esta es una novela de costumbres políticas, género de composiciones en que, a lo que entiendo, ninguno antes que él se había ejercitado. En ella, no obstante las dificultades que el asunto ofrecía, dio su autor clarísimas muestras de la travesura y amenidad de su ingenio, de su perspicacia como observador, y de su habilidad para pintar lo que había observado y para censurar vicios y flaquezas aparentando no hacer otra cosa que jugar con el asunto de que se trataba.

Vergara, miembro alguna vez fundador de asociaciones benéficas, y redactor de periódicos religiosos, hubiera, aún sin estos títulos, acreditado bastante el ardor de su fe, con el tinte cristiano que dio a todas sus producciones, hasta a muchas de las ligeras y festivas que se le deslizaban de la pluma en horas de esparcimiento.

Para desahogar su intenso amor a la familia, no escogió de ordinario otro lenguaje que el del verso; y, entre sus mejores poesías, deben colocarse las que le fueron inspiradas por ese puro sentimiento. Ni hay que extrañarlo cuando todas las que compuso hacen patente que el talento poético de que le había dotado la naturaleza, era aquél que sirve para pintar con colores templados escenas apacibles; para infundir en el ánimo de los lectores aquella amable melancolía que las almas sensibles prefieren al gozo, y para expresar afectos tiernos y dulces. Por eso cobró tan apasionada inclinación a las obras de Trueba, a las de la insigne escritora que se oculta bajo el seudónimo de **Fernán Caballero**, y a las de Henri Conscience; por eso esta inclinación se extendió de las obras a los autores, y le impulsó a emprender, mientras estaba en Europa, dos viajes con el único fin de conocer a los dos úl-

timos. Con todos tres departió a su sabor, y el haber logrado hacerlo fue uno de los más eficaces consuelos que halló su lacerado corazón. Su simpatía por por Trueba le llevó hasta a imitar involuntariamente su manera de escribir, hecho que ofrece una prueba más de que Vergara, al escribir, no hacía otra cosa que poner a la vista de todos lo íntimo de su ser, en el estado en que se hallaba cuando tomaba la pluma.

Escasa reputación habría alcanzado como poeta, si hubiera embocado la trompa épica, si hubiera intentado hacer odas, o elegías, o dramas o comedias. Por fortuna, nunca hubo riesgo de que se aventurase a seguir un camino que no fuera el que le estaba señalado: él no daba de sí sino lo que en sí sentía rebosar; no sabía celebrar héroes ni batallas, ni exhalar penetrantes gritos de dolor, ni escribir chistes de los que se aplauden a carcajadas. Si celebraba algo, era para hacerlo amar; si se quejaba de dolores propios o ajenos, excitaba dulce compasión, hacía salir suspiros, no acerbo llanto; sus donaires hacían sonreír y dejaban en el ánimo la impresión que suele dejar todo lo que toca las fibras delicadas del alma.

Para juzgar a Vergara como poeta, hay que parar mientes, no menos que en sus versos, en muchas de sus composiciones en prosa; y más que en su prosa y en sus versos, en las revelaciones de su modo de sentir.

En donde sobre todo debe estudiársele es en la descripción que hizo de su visita a la tumba de Chateaubriand. Cuando la hizo, sus facultades habían adquirido completa madurez; su alma se había ensanchado en la contemplación del océano y de las grandes cosas que había visto en el Antiguo Mundo, en el que le había cabido la suerte de presenciar la contienda gigantesca y mortal entre dos poderosos imperios; en fin, había enriquecido en ideas mediante el trato con escritores y sabios eminentes.

Merced a tan favorables circunstancias, en lo que escribió hacia el fin de su vida se descubre un vigor de estilo que sorprende; se ve ya al literato, al hombre de ingenio amaestrado en el arte de hacer sentir lo que él siente, y hasta en el del crítico que acierta a descubrir y apreciar las bellezas artísticas mediante un gusto y una sensibilidad exquisitos desde el principio y educados con el estudio y el ejercicio.

La lectura de las obras de Chateaubriand fue acaso lo que primero excitó en el alma de Vergara aquel poético y vago sentimiento propio de la adolescencia, que es como cierto indeterminado recuerdo de venturas mentidas; como un presentimiento ilusorio de dichas que, en realidad, nunca llegan; sentimiento profundo como los recuerdos y halagüeño como la esperanza.

Adolescente aún, hizo Vergara su composición en verso titulada **El sepulcro de Atala**, en la que patentizó cuánto se había embebido en la poesía de que rebosa ese cuadro incomparable en que el genio reunió las más seductoras imágenes que pueden ofrecer el amor, la naturaleza virgen y la soledad del desierto para arrebatar una alma nueva y sensible.

El principio de la vida de poeta de Vergara quedó marcado con ese homenaje al genio de Chateaubriand; el término, con la peregrinación a su sepulcro. Así debía comenzar y acabar, porque en toda ella

dejó Vergara vagar su espíritu por las regiones a que elevaba el suyo, y en que hablaba sus inspiraciones el autor de los Natchez.

La prenda sobresaliente de los versos de Vergara es la facilidad. En él se reunían dos facilidades: la que da atractivo a la composición, cualquiera que haya sido el trabajo que haya costado hacerla, y la real y verdadera, esto es, la aptitud para escribir sin esfuerzo intelectual: esta excelente cualidad se hermana bien con aquélla a que Vergara ha debido el alto puesto en que le vemos colocado en la república de las letras: la espontaneidad.

Vergara y varios de sus amigos nos reuníamos, periódicamente, por la noche en casa de uno de los mismos. En estas sabrosísimas reuniones, que tanto amenizaba él, se proponían a veces temas sobre qué había de escribirse en el acto. Él tomaba la pluma y escribía de seguida una composición en verso, con la misma facilidad con que otros escriben una carta familiar.

Muchas de sus mejores composiciones fueron hechas de este modo.

El género epistolar es un género privilegiado. Grandes escritores, como Cicerón, que han asombrado al mundo con obras de otros linajes, han ofrecido al mismo tiempo en sus cartas familiares la más sabrosa lectura. Otros de mérito inferior, como el P. Isla, no han sido menos felices en dicho género. Para sobresalir en él no es menester gran ingenio, ni versación en las ciencias o las artes ni estudio especial. Diariamente vemos que hombres faltos de todo esto escriben cartas cuya lectura agrada aunque los asuntos no interesen; y apenas se hallará persona culta que una vez en su vida siquiera no haya escrito una buena carta.

Esto sucede porque quien las escribe no se siente trabado por el recelo de venir a dar asunto a la crítica; porque trabaja sin pensar en la imprenta, ni en el público ni en la fama; porque no se propone otro fin que el de dar a conocer de un modo íntimo lo que le preocupa y lo que discurre, sin violentar sus facultades naturales y poniendo en ejercicio la que a nadie falta de comunicar sus ideas y sus impresiones; y, como lo que hace literariamente bueno un escrito no es lo sublime, ni lo nuevo ni lo intrincado del asunto, sino el que éste se halla tratado como debe tratarse, resulta que las cartas pueden tener mérito, como muy a menudo lo tienen, cualquiera que sea la idoneidad o la ineptitud de sus autores para ejercitarse en otros géneros.

Todo esto ofrece una prueba más de lo mucho que vale la espontaneidad, y da a conocer que Vergara no pudo dejar de distinguirse en el género epistolar. Este era en cierto modo su género propio: puede decirse que dio aire o sabor epistolar a muchos escritos dirigidos al público, a quien trataba con la familiaridad y llaneza propia de quien habla a persona con cuya benevolencia cuenta y de cuyo discernimiento se fía.

Pocos han poseído en el grado que Vergara el don de la conversación. Toques felices de aquéllos que hacen formar cabal idea de una cosa, que explican todo un juicio, que de un golpe ponen a la vista lo malo o lo ridículo que hay en algo; frases expresivas y originales; anécdotas oportunamente traídas; desahogos de la tristeza que le co-

municaban, todo esto constituía el embeleso de su conversación; y sus cartas no eran otra cosa que su conversación escrita. El recibirlas no era una de las menores satisfacciones que ofrecía el trato y amistad con Vergara.

Vergara tuvo con muchos de los grandes escritores un punto de semejanza: murió pobre. Vivió batallando contra la fortuna para evitar la ruina que, desde que abrió los ojos, vio amenazando a su familia. Batalló así por deber de conciencia y contra su inclinación natural, con la energía, la abnegación y la constancia con que, si hubiera nacido avaro, habría pugnado contra la suerte adversa; pero él no parecía nacido para vivir en nuestro siglo: lo bello, lo poético atraía todos sus actos, embargaba todas sus facultades; luchó contra la indigencia sin acierto y sin éxito, queriendo en beneficio de los suyos, aspirar a un fin que no le estaba señalado: los bienes de fortuna; mientras, sin saberlo, iba corriendo hacia el que le estaba señalado: la gloria.

Si al trazar estas líneas me hubiera mostrado parcial y apasionado, en nadie como en mí sería excusable este yerro: si me hallo ocupando un asiento en esta corporación; si los académicos españoles me han honrado colocándome en él; si mis pobres escritos han visto la luz pública; y sobre todo, si en mí despertó y vive aún la afición al cultivo de las letras, afición a que deberé, si Dios me concede larga vida, los únicos solaces y consuelos que espero para la vejez, lo debo en gran parte a Vergara. Fomentando aquella ficción en otros, hizo gran bien a la patria y a la literatura; fomentándola en mí, poco o nada hizo por una y otra; pero la gratitud que ellas no le deben se la debo yo.